



El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Segunda época

Cultura social

Labor bienhechora

Funciona en Murcia, desde hace algún tiempo un Centro titulado de Cultura Social, cuya acción bienhechora en la sociedad merece aplausos y encomios.

En la primera de sus bases dice que el Centro se propone principalmente y por ahora, perseguir y deterrar la inmoralidad reinante en sus diferentes manifestaciones públicas: la blasfemia, el teatro, el cinematógrafo, el libro, el periódico, la postal, la pornografía, la trata de blancas, el juego, la embriaguez, etcétera, etcétera.

Nos consta, que se han iniciado con éxito los trabajos del Centro, y que han cosechado triunfos que nadie pensaría.

Todo ha consistido en lanzarse con bríos a la lucha, desechando falsos respetos humanos, y tremolar valientemente la bandera de la moralidad.

Aquí en Cartagena, se impone, desgraciadamente, que las personas amantes de la moralidad pública, imiten la conducta de los caballeros Murcianos.

A todas las horas del día que por las principales calles de la población se transita, encontramos niños inocentes, que ofrecen al público el periódico satírico, la postal pornográfica y la revista impúdica.

Y es lo sensible, que este negocio se ejerce á ciencia y conciencia de las autoridades, como si no existiera un código penal con los artículos 584 (número 4) y 586 (número 2) y una conciencia para dictar los hechos punibles.

¡Caballeros de Cartagena! ¡Autoridades de Cartagena! por el buen nombre siquiera de este pueblo, hay que hacer algo.

La situación de Portugal

Cada día nos ofrece la Prensa portuguesa nuevos datos acusadores del estado de corrupción y des-gobierno por que atraviesa la nación hermana. Su ejército sufre hoy el mismo azote de las fichas que desmoralizó y relajó al ejército francés. Jefes y oficiales son víctimas de las declaraciones carbonarias y pagan su defecto, real ó imaginado, á la anarquía republicana de su país con separación del servicio.

Recientemente ha publicado «O Diário de Governo» una larguísima lista de militares sospechosos de poca adhesión á la República que, por ello, han sufrido los rigores dictatoriales de los falsos paladines de la libertad. Figura entre ellos el general Sr. Jaime Leitao de Castro, figura saliente, á juzgar por los altos cargos que ha desempeñado en los años últimos.

Fué designado para el mando de las tropas movilizadas al estallar la guerra europea, jefe de Estado Mayor, comandante de la primera división que había de intervenir en aquella—la única completa que iban á tener—dice «A Lucta».

Estos actos implicaban un formal reconocimiento de preeminentes dotes en el general Leitao de Castro, que no han bastado á librarle de los golpes que, á diestro y siniestro, caen sobre los militares portugueses. Y es lo peor, que mientras tanto, ningún castigo sufren ni han sufrido otros que organizaron ó intervinieron en algaradas y sublevaciones. El Poder público en Portugal vive sometido y entregado á la supremacía irrefragante de logias, clubs y sociedades secretas. ¡No puede ser su situación más peligrosa ni más triste!

Esto nos lleva á pensar cuánto yerran los que esperan bienes del exceso de males, los que confían en que las luras antirreligiosas y antisociales provocarán una vigorosa reacción en defensa de la religión y de la sociedad.

¡No, ni una repetida y dolorosa experiencia—Portugal, Francia—acredita hasta la saciedad que el mal engendra al mal y derrumba á los hombres y á los pueblos hacia abismos cada vez más hondos. Ni puede ser de otra suerte: mientras más viciado y enfermo un organismo, más difícil es su curación, menos energías y fuerzas vitales quedan en él que puedan provocar una reacción saludable y vigorosa.

Penémoslo así los católicos españoles. Si no salimos al paso de nuestros enemigos en cuantas partes se agitan y atacan, y no cuidamos de mantener nuestras posiciones, de ganar cada día algún terreno, de paralizar la ofensiva contraria; si no oponemos á sus propagandas otras más activas, á sus organizaciones otras más fuertes y fecundas, á su labor destructora una acción tenaz, asidua prácticamente orientada; si dejamos seguir su libre curso á las extravagancias y liberes corrientes, día llegará en que como los católicos de Portugal y Francia, seamos impotentes para lograr lo que ahora debemos y podemos.

Sánchez Guerra y los mauristas

De un periódico de la corte copiamos lo siguiente: Parece ser que el señor Sánchez Guerra, que en ocasiones es sobradamente locuaz, se dejó decir que primero que se lea un concejal maurista se cortaría una mano.

Los jóvenes mauristas, que cuando se trata del ministro de la Gobernación no dejan de ser travessos, le enviaron en una caja un flamante cuchillo y con él una tarjeta en que decía: «Por si quiere usted hacer honor á su palabra».

A Sánchez Guerra—dicen sus amigos—la broma le ha parecido demasiado pesada.

Para «El Eco de Cartagena»

Crónicas edificantes

¡La caridad!... ¿lujo ó privación?

Esgribo la péñola con temor. El asunto, escabroso, limita mi libertad de cronista.

¿Quién no se arredra ante el impulso procel de los ruines intereses creados? ¿Quién no vacila y titubea, al fijar conceptos nuevos, ideas contrarias al pomposo alarde de la vanidad pueíl, al odio legítimo del orgullo lastimado, al proceso lastimoso de la limesna reproductiva?

La caridad no es para algunos millonarios y capit listos, una obligación social, un deber religioso, un goce íntimo, un recreo espiritual: delectación callada y profunda, labor honesta, delicadeza exquisita, que se sustenta con el amor desinteresado al prójimo; expansión fraternal que se satisface con el ejercicio altruista y noble de la compasión.

La caridad no es, para sus viles falsificadores, mandato divino, ejemplo, consuelo, preservativo y antidoto. No es el hecho anónimo, el sacrificio oscuro, la privación oculta y modesta, la generosidad sin límites, la misericordia sin boato, el desprendimiento sin corresponsales, el cariño en reciprocidad, la filantropía sin prejuicios, sin distingos, sobre humano.

La caridad verdadera rehuye el aplauso, esquiva la gratitud, se nutre de su propia sustancia; superior á los mortales, no se deja corromper por las envidias de clase, por la soberbia irritada de los privilegiados acaparadores de la riqueza y de la felicidad, por los absolutos dueños del poder y de la fama disipados inconscientemente. La caridad no es provocativa.

La caridad mundana es para ciertos cretos encopetados, el lujo fácil é inegotable de la prodigalidad fastuosas; la publicidad impúdica del donativo espléndido; el aplauso incondicional de la prensa servil y aduladora; la competencia escandalosa de los reyes de la banca, señores del agio, y logreros de la política; el espectáculo trivial, sugerido por la voluble moda é implantado por un enjambre ocioso de bellezas aburridas; la coquetaría, la vanagloria femenina, triunfante de rivales y de amigas arruinadas ó miserables; la diversión, el pasatiempo frívolo,

quizás pecaminoso: la rifa, la tómbola, la kermess, la suscripción, el placer fugitivo comprado á peso de oro, con el pretexto egoísta é hipócrita de procurar salud al enfermo y pan al hambriento.

¡Oh, vergonzosa mentira social, convencionalismo ridículo y cobarde, abismos de pasiones rastroas, concurso de fátuos engreídos y pródigos!

Esta caridad moderna y civilizada que se exhibe y que se pavonea, que cotiza el éxito y que soborna á la ostentación; esta caridad de *buen tono* y de selecto linaje, es pagana por su forma oriental, por su magnificencia, oropel por su brillo y mercancía por su precio y su fin.

La caridad, virtud divina, se esconde, no se esponja ante los adoradores del becerro de oro.

La caridad, virtud efusiva, no humilla, ni abofetea la humildad agena; enaltece, alivia al menesteroso, pasa por la tierra como la sombra de un ser bueno, que reparte dádivas y socorros, sin decir á nadie de dónde viene ni á dónde se vá y cómo se llama.

La caridad no es de este mundo; no es su objeto el agradecimiento del desvalido; espera más alta y perdurab recompense.

La caridad ¿lujo?... La caridad es pobreza, independencia, vigor, abundancia. Ved su voz milagrosa y evangélica: «Ricos de la tierra, repartid cuanto tenéis entre los necesitados.»

«Cread sanatorios y maestros, Fundad hospitales, academias, dispensarios, Tiendas-Asilo, colonias escolares, reformatorios....»

«El derecho á la vida nos obliga á defender la de nuestros semejantes como si fuera propio.»

La propiedad nace, se deriva del talento, del ahorro, del trabajo; de la inventiva, del crimen ó del fraude. Adquimos y poseemos la riqueza para devolver intactos á la circulación los gérmenes de la prosperidad y del bienestar extraños.

No practiquéis la fecunda caridad porque es dique de revoluciones y defensa contra optimidos: practicadla á nombre de Dios porque ensancha el corazón y nos diviniza eternamente.

A. B. C.

Casas de la vida

Un orador eminente en banquete succulento, hace un discurso portentoso; todos le hallan elocuente. Pero salen del local donde se sirvió el agape, y todos dicen á escape: ¡Cuidado que ha estado mal!

Estrena un drama un autor, y le abrazan los amigos, que se honran con ser testigos de un triunfo tan seductor. Pero se acaba la fiesta, y aparte dicen por Cristo juro, que en mi vida he visto una lata como esta.

Va usted á la exposición con un cuadro; jesto es un pasmo! le dicen con entusiasmo, salido del corazón. Mas se aleja usted un poco, y dicen: ¡pobrecito muchacho! ¡Mire usted que enamorado! ¡Este infeliz está loco!

Se mete usted á periodista y le dice un entusiasta: Su periodiquito aplasta. No hay gobierno que resista.

Y cuando usted se ha marchado antes que se aleje mucho dice: ¡vaya un papelucho! ¡Ese es un papel mojado!

Si visita á un presidente, á un general, á un ministro, y se exaspera el registro para agradecerle habilmente. No se obtiene lo pedido, y al cruzar por el umbral, van diciendo: ¡que animal!

¡Pues no es poco presumido! Un personaje político, no tiene grato acomodo; y el hombre lo encuentra todo, en estado grave y crítico.

Pero un buen puesto le dan, y exclama con convicción: ¿Quién pide revolución? ¡Esos brutos, que quedarán!

Y así pudiera seguir citando uno y otro ejemplo; más cansados os contemplo y ya no os quiero «burrir». Tan solo este comentario tengo á gala consignar: «Todo es según el lugar en que se hace el comentario».

F. Soldevilla.

Notas agrícolas

Bibliografía

Crédito agrícola: datos prácticos para la solución de este problema. proporcionados por el funcionamiento de un studicato titulado Banco Agrícola de Cartagena fundado en 1909. Con este título ha publicado un laborioso trabajo don Alfonso A. Carrilón Inglés; en la exposición á modo de prólogo, el autor expone las vacilaciones que tuvo antes de decidirse á publicar dicho trabajo por temor de causar perjuicios á la entidad por él dirigida y titulada Banco Agrícola de Cartagena.

A continuación hace un llamamiento al Banco de España por si puede hallar en su trabajo medios para favorecer el desarrollo del Crédito Agrícola, y termina recopilando las razones que le indujeron á adoptar el actual funcionamiento del Sindicato.

Se ocupa después el autor de la forma en que constituyó y las vicisitudes por que ha atravesado, especialmente cuando el Banco de España hizo una restricción á los créditos y aduce razones para que dicho Banco sea el que implante en España el Crédito Agrícola.

Pasa después á ocuparse de los estatutos del Sindicato, modelos impresos para pertenecer al mismo, copia de escrituras hipotecarias, balances de todos los años (desde que se creó hasta el presente, ect.

El trabajo del Sr. Carrilón, es concienzudo, bien escrito y útil para todas aquellas personas que se interesen por los problemas agrícolas.

El orin en las máquinas y aperos agrícolas.

Una máquina ó apero abandonado, sin cuidado, sin cuidado, bajo un cobertizo ó á la intemperie, son rápidamente invadidos por el orin, y es sabido que éste desgasta más que el trabajo.

Para sustraeiros de su influencia hay un medio bien sencillo y económico: embadurnados con una capa de aceite secante, caliente, aplicado con un pincel ó muñequilla de lana. El aceite, al secarse, forma sobre el hierro y el acero un barniz protector.

Para prepararlo se toma aceite de lino, de castaño ó de nueces, y se hace hervir, durante un cuarto de hora, con protóxido de plomo, en la proporción de 25 gramos por litro.

El injerto del peral

Las especies en las cuales se pueden injertar el peral son numerosas: otro peral, el membrillero, los acerolos, serbales y alisos, y, en fin, para Argeña, el níspero del Japon ó *Triobotrya*. En Francia, el injerto se usa casi exclusivamente sobre otro peral y el membrillero.

Cuando se quieren obtener árboles de alto tallo, que se han de abandonar á su libre desarrollo, sin podarlos, y que deberán resistir á los vientos y á los animales, se deberá siempre escoger la misma especie para cualquier clase de terreno. Se tendrán así árboles robustos, capaces de alcanzar grandes dimensiones y de producir, por muchos años, abundantes cosechas. Si por el contrario, se quiere establecer un cultivo de formas bajas, sujetas á poda regular, suprimiendo anualmente el exceso de fructificación, por lo general será necesario recurrir al membrillero.

Vertedera

ADVERT MOS

á cuantos nos envían sin pedírselos, escritos para su publicación, que no se devuelven los originales

Nuestros amigos los perros

La raza canina, tiene como a raza humana, sus privilegiados y sus infortunados: sus pobres y ricos. Algunos perros son cu dados, mimados, llenos de adornos, peinados, perfumados y vestidos á la última moda, en casa de un buen señore. En invierno algunos no salen de casa, más que... en el manguito de su ama ó en carruaje.

Los que pertenecen al gran mundo, tienen trajes de paseo, para automóvil, para recibir de noche y no se privan de nada, hasta el punto de usar pañuelos de nariz, con enojos, que valen más de 30 francos la media docena. El sexo femenino llega en la raza canina á tener alhajas: pulseras de oro y brillantes, que, como es natural, usa en las patas delanteras; collares con adornos de azabache y su neceser de «toilette», con polvos de arroz y su barba correspondiente, frascos de esencia y sales inglesas, atado todo al cuello por una cadena de oro.

Un perro que se estime en algo, debe poseer dos pares de botas de cabritilla, hechas á su medida, un par de botas con suela de goma, unas ó dos mantas, dos chaquetas búlgaras (porque la guerra también ha influido en su moda) y un traje de automóvil, que consiste en chaquetón, casquete y gafas de charfeur.

Al lado de estos perros felices, descendientes y sucesores de «Pom» perro real, de «Pom» perro de Mm, de Espinay, de «Touss», perro de la marquesa de Desgigny, de «Lmd», perra de la Emperatriz Eugenia, etc., etc., hay los trabajadores y los perros proletarios.

Pe los aduareros, pastores, policias, cazadores, de San Bernardo, otros que son como éstos, auxiliares indispensables del hombre, que reconocido les hace ocupar un sitio en su hogar, y si alguna vez es rudo con ellos, no por eso los ama menos.

Entre todos estos se destacan el perro del lechero en algunos países y el que sirve de caballo al pobre y le ayuda á ganar su vida. Enganchado á un carrito, generalmente demasiado pesado para sus fuerzas, gana en velocidad al mejor caballo, y con más inteligencia salva las ruedas de los bordes de las aceras y de los baches.

En las fronteras, el perro de carga y el perro caballo son preciosos auxiliares del contrabandista y cumplen su peligrosa misión con un olfato maravilloso. Cargado con farditos ó arrastrando el carrito que además de su amo lleva carga de tabaco, café ó otra mercancía, el perro contrabandista devora el camino y sus patas parecen tener alas cuando los aduareros con sus perros se acercan. Cuando sucede que el contrabandista á punto de ser cogido, salta del carro para huir á través del campo, y perderse en el monte ó en la sierra, el perro que sabe su obligación, se desbaraza de sus harneses y se lanza tras de su amo y muere por él cuando la ocasión se presenta.

Raras son las personas á quienes los perros no gustan. De todos los animales es sin duda, el preferido; es de la familia y en el invierno tiene derecho á un sitio cerca del fuego. Mira con ojos que hablan; carece del uso de la palabra; pero en ocasiones su mirada dice más que un poema.

Jorge de Macera

Rogamos á nuestros suscriptores que cualquier deficiencia que adviertan en el servicio del periódico se sirvan avisarlo á esta Redacción, Bretan, 4 y 6.